

Borrador de un Libro en Blanco

Toño Díez

Borrador de Un Libro en Blanco

Primera Edición: Marzo 2014

Segunda Edición: Mayo 2014

Todos los derechos reservados.

© Toño Diez

© Editorial Universo

Web del Autor: borradordeunlibroenblanco.blogspot.com

borradordeunlibro.wix.com/borradordeunlibro

Web: www.ununiversodelibros.es

Web Editorial: www.editorial-universo.com

ISBN: 978-84-942459-0-9

Depósito legal: M-9916-2014

Diseño y maquetación: Maialen Alonso

Ilustración Final: Carlos Rodón

IMPRESO EN ESPAÑA

UNIÓN EUROPEA

Cuando los vacíos corazones, rellenos de soledad unos, de ingenuas expectativas otros, de ansiedad por el futuro los primeros, de ataduras y reproches los segundos, se enfrentan, sólo pueden avanzar. Y así, agarrados de las manos temporales, de la necesidad virtual, sólo andan, sin destino prefijado, sin principio oculto.

Sin ti esto no habría sido. Gracias, Sonia Codornú.

No basta el mundo, para albergar el tiempo que quiero pasar contigo, ni alma inmortal que disponga del suficiente, como para tantear siquiera, lo que necesito de ti, porque sin ti, nada tengo.

Gracias, Marta, por regalarme tu tiempo.

A veces, quien no existe surge, como si estuviese escrito, para dejar su huella para siempre, de forma altruista, verdadera y sincera, en forma de ayuda inesperada, que se convierte en inestimable.

Gracias, Gloria, por estar tan cerca, desde tan lejos.

Risa fácil, y trato cercano, el que me brinda Cristina Caviedes, junto a una oportunidad inestimable.

Gracias, Cristina, por dejarme trabajar contigo.

Índice

<i>Recuerdo</i>	9
<i>El parto</i>	11
<i>La habitación</i>	15
<i>La nueva familia</i>	23
<i>La primera carrera</i>	37
<i>Libertad precipitada</i>	49
<i>Una realidad indecente</i>	61
<i>Despertar</i>	97
<i>El mar</i>	127
<i>Vuelta</i>	139
<i>La pensión</i>	163
<i>¿Quién da una amistad?</i>	195
<i>Normalidad</i>	215
<i>La pelota en su lugar</i>	241
<i>Rayo de luna</i>	271
<i>El día de la verdad</i>	283

Recuerdo

Ahora es fácil recordar. Ahora hay tiempo para estar perdiéndolo, se agradece un segundo de espacio en el tiempo.

Un respiro

Me recorren sensaciones, impulsos, miedos. Pero me he propuesto, esta vez, resistirlos.

No los combato, no podría con ellos, no podría con el miedo. Pero esta vez es diferente. Ahora, los enfrento. Sí, paso miedo, asco, vergüenza, pero resisto los impulsos. Ya no puedo huir. No quiero hacerlo.

Hoy, me he propuesto, recordar.



El parto

Nací, a la edad de quince años, hace ahora dieciséis. Un mes de septiembre, que como no podía ser menos, llovía.

La hora... temprana.

El quirófano, una pequeña plaza del barrio de pescadores de una ciudad con bravo mar.

Por camilla, un pequeño banco de madera mojada, llena de firmas, frases, fechas...

Como quejidos de parturienta, motores de automóviles, viento en las hojas y al final, persianas metálicas abriéndose, como fauces deseando engullir los primeros clientes madrugadores. Ofreciendo aromas de cafés, ruidos de moliendas, voces alegres de panaderos, repartidores... Sonidos mañaneros, que no hacían, sino confundir mi mente, embutida en una envolvente bruma de ligera conciencia indiferente hacia el exterior.

Como luces de quirófano, difuminada luz celeste, filtrada y gris, uniforme y oscura, fría y monótona.

Mi sabana infantil, fría lluvia. Patucos húmedos y gorrito de melena empapada. En jirones, pegada a mi cara, repartida por mis ojos. El tranquilizador chupete, mi propio pelo, mordisqueado nerviosamente durante el parto.

Como abrazo de madre, mis propios brazos, agarrando mis piernas dobladas y sosteniendo la frente relajada de mi cabeza.

Como calor, frío.

Como compañía, soledad.

Como cariño, indiferencia.

Como llanto, silencio.

Nada más. Solo eso. Eso y un enorme vacío. El Vacío. El mismo vacío que me acompañó, que me acompaña en mis largas noches de desvelo. El mismo vacío que me mantiene viva, el mismo que quiere matarme.

Nada era desconocido, pero todo extraño. Nada nuevo, sin embargo, un nuevo mundo esperaba, allí, un poco más lejos. Fuera de mi burbuja. De esa bruma. De ese sueño inconcluso.

Pereza por nacer. Por abandonar esa paz, ese delirio incierto que aparece como queriendo borrar las magulladuras de un cuerpo. El mismo que prepara el descanso de un guerrero, para continuar una gran batalla, perdida de antemano.

Pereza por nacer.

Sin embargo, la historia tiene que continuar. La inercia decide quién avanza, quién se queda en el camino y quién ha de tropezar. Ella decidió por mí, y decidió llevarme con ella, tropezando, trastabillando con mis propias piernas... pero avanzando al fin.

Como venida de ultratumba, entre los atronadores ruidos de mi cerebro, allá, lejos, muy lejos, en los confines del sentido, algo comenzó a despertarme.

Podría haber sido solo una nueva sonoridad de mi atormentada locura, solo una nueva y divertida bola de colores flotando en ese espacio oscuro en que estaba sumergida mi mente. De esas que se ven a lo lejos, acercándose poco a poco, inofensivamente.

te lenta, pequeña, pero que a medida que se acerca, comienza a acelerar su avance, hacia mí, buscando la ingenuidad, la soledad de una niña y que, según llega, la candidez se convierte en una amenaza real, falsa, brillante y opaca, enorme, gigante, deseando atraparme entre sus inexistentes brazos, pasando a pocos centímetros de mí, y alejándose con la misma facilidad, suavidad, con el mismo silencio ruidoso con que se ha acercado, dejando el hueco justo para que, otra pequeña bola aparezca, lejana, esperada...

Pero no era eso. Muy al contrario, se trataba de algo más grande. Tenía que serlo para sacarme del éxtasis en el que me encontraba, para borrar la bruma que me protegía, para molestarme lo suficiente y hacer que mi pereza, se convirtiese en fastidio, en ira si hubiese tenido las suficientes fuerzas.

Me golpeaba en la cabeza, rebotaba en su interior. No entendía ese sonido, pero lo conocía. Se fue haciendo más y más fuerte, pasando de ser un repetitivo eco, a un sonido definido. Avanzando desde lo más profundo de mi cerebro, dejándose resbalar hasta el interior de mis oídos. Arrastrándose al exterior.

—¡Niña!

—¡Niña!

—¡Niña!

Y el milagro de la vida se hizo.

Sin ganas, perezosamente, la vida surgió de ese cuerpo inerte, que ni siquiera era el mío. Lentos movimientos, como calculados, pero en realidad perdidos, señalaron la separación entre la suerte y la desgracia.

Aún ahora me pregunto si habría sido más prudente haber permanecido en ese estado para siempre. Pero lo cierto es que mi vida, como la de todos, la deciden otros.

—¡Niña! Mi niña. ¿Estás enferma?

¿Sería la cariñosa voz de esa mujer la que hizo levantar mi cabeza, o el dulzor del aroma a chocolate caliente que despertó rabiosamente mis tripas, lo que hizo reaccionar mis pupilas, intentando enfocar el mundo?

Sea como fuere, la realidad estaba allí, de nuevo. Pero aún era pronto para saborear su crueldad. Demasiado pronto.

El primer contacto fue un fiasco. Frente a mi apetito cultivado durante quien sabe cuánto tiempo, el chocolate transportado cuidadosamente, se extendía ahora sobre el mojado suelo. ¿El motivo?, doble susto: unos delicados dedos rozando mi cara intentando apartar el mechón mordisqueado, que me servía de entretenimiento, provocaron un espasmo exagerado, que a su vez asustaron a la portadora que no pudo sujetar la bandeja y todo acabó formando parte del charco.

El temblor por ese contacto de piel, me duro varios segundos... o eso cuentan.

Después, todo volvió a apagarse. Los recuerdos se escabullen y se convierten en jirones.

Un ligero, pero abundante desayuno, en lo que parecía ser el bar de esa señora; miradas extrañas y extrañadas de clientes y camareros... aún no sabía que significaban las miradas, ahora soy una experta reconociendo sus significados.

Una cama, sabanas limpias de franela azul celeste, calor, caricias, dos besos en la frente y un «descansa mi niña». Todo en una casa extraña.

Y paz. Y silencio. Y descanso. A eso se resumen mis recuerdos hasta el despertar.



La habitación

Algunas veces, abrir los ojos se hace doloroso.

Esperar un nuevo día puede llegar a ser especialmente difícil. Por suerte o por desgracia, todos los días sale el sol pero, aunque se parezcan, ningún amanecer es igual que el anterior.

Aquel día, cuando la luz entró en mis ojos, lo hizo de manera inesperadamente sutil.

Esperaba que el sol familiar de la sencilla ventana de mi casa, fuese el que me iluminase. Sin embargo, las farolas de una calle de ciudad, los focos de los vehículos pasando por ella y alguna que otra ruidosa sirena de ambulancia, lo hicieron.

Pensaba despertar en una conocida habitación de aquel pueblo de montaña, cuyo nombre me mostraron años más tarde, y sin embargo, lo hice en otra totalmente ajena, en otra cama, con otro tacto, otro olor...con otro calor.

En la ventana desconocida, no había nieve. Solo gotas de agua que se dejaban resbalar con creciente velocidad, dejando una divertida estela tras de sí mientras nuevas gotas ocupaban el hueco dejado por las primeras.

El gemido del viento, era sustituido por el, por momentos, furioso estrellar de la lluvia en los cristales. Por el vibrar del vidrio

al paso de potentes y sordos ruidos de motores.

Un televisor encendido, en algún lugar de la desconocida vivienda, más allá de la puerta de la que sin querer se había convertido en mi habitación, se escuchaba tímidamente.

Con los ojos, por fin abiertos, sin mover siquiera la cabeza, paseé la mirada por la habitación. Olía bien. Un armario de dos puertas de madera, alguna estantería llena de peluches y algún que otro pequeño libro, un cuadro frente a la cama, una lámpara de tres brazos, y unas pegatinas luminiscentes colocadas en el techo simulando las principales constelaciones celestes, indicaba que pertenecía a alguien bastante joven.

La penumbra no permitía distinguir los colores, pero la distribución y la delicadeza del orden, sumados a dos pósteres de algún cantante famoso pegados en la puerta de entrada, indicaban que era una habitación femenina, quizá de una niña.

Pero todos esos datos los pensaba de forma inconsciente, totalmente indiferente. El estado de ánimo, seguía siendo ausente, apático.

Levantada ya, sin recordar cuándo lo había hecho, plantada frente a la ventana, con la mirada perdida en la oscuridad llena de las luces de colores de la ciudad, algunas quietas, otras móviles, unas intermitentes y todas estacionales, con los brazos entrelazados, abrazando sendos hombros, no pensaba.

El pijama ligeramente grande, suave y aterciopelado, dejaba caer las mangas y pisar las perneras.

Los ojos se dejaban llevar a ratos por las luces de los coches, poco numerosos, y a ratos por las hipnóticas gotas de agua de los cristales resbalando hasta desaparecer en el fondo de estos.

Así permanecí hasta que el ruido ligero de la puerta a mi

espalda, me hizo pegar un respingo, sin duda imperceptible. Pero no me volví.

Después de unos segundos, sin ápice de impaciencia, la puerta volvió a cerrarse con el mismo sigilo cuidadoso.

Volví a sentirme sola, pero no a solas.

Después de un silencio calculado, respetado, la respiración de ella se hizo más nítida, daba la sensación de que no terminaba por decidirse a hablar.

No tardó en llegar el esperado aluvión de preguntas, entendibles, suaves, susurrantes, pero incómodas.

Y a cada una, solo le seguía silencio. Con algunas, leves estremecimientos, engañados brevemente con un suave frotar de hombros con las manos. Pero silencio con todas.

—¿Cómo te llamas? ¿De dónde eres? ¿Y tus padres? ¿Qué te ha pasado? ¿Cuánto tiempo llevas por ahí? ¿Tienes familia? ¿Puedes hablar? ¿Tienes miedo? ¿Qué te ha pasado? ¿Cuál es tu nombre? ¿Cómo te llamas? ¿Qué...?

—Sonia.

—¿Cómo dices?

—Sonia. Me llamo Sonia.

—Hola Sonia. Bienvenida a mi casa... ehm... ¿Encendemos la luz? Parece que est...

—Prefiero seguir a oscuras —interrumpí.

—Vale, no hay problema.

Todas las palabras que conseguí pronunciar, no fueron más que susurros.

Olía bien. Sentía sus ojos. Oía su respiración.

Un suave suspiro de rendición dejó pasar la última frase de la noche.

—Mi nombre es Carmen, llámame si me necesitas, duermo justo al lado. Descansa.

Un breve espacio de tiempo, como esperando reacción, y la puerta se volvió a abrir y cerrar, dejando todo vacío de nuevo.

En ese momento, un escalofrío recorrió mi espalda, tuve miedo, otra vez... pero lo dejé pasar. ¿Qué otra cosa podría hacer?

Empecé a necesitar sentir que aún estaba viva. ¡Era tan grande ese silencio! El dedo índice, recorrió instintivamente el rastro de una de las gotas del cristal. El fresco del tacto, sirvió de enlace con el mundo.

Amaneció.

Me di cuenta por los sonidos de puertas, de pasos, de cubetería removida con cuidado.

Estaba mejor. Me atreví a alejarme de la ventana, incluso, sentada en la cama, agarré un peluche que se encontraba en una mesita de noche. Mirándolo, me tumbé y esperé. Estaba acostumbrándome a esperar. Es fácil.

El agradable olor a café, me hizo sentir ligeramente como en mi casa. Cerré los ojos intentando imaginarme en la cocina. Mi madre alimentando la estufa bilbaína con gruesos y cortos troncos de madera de roble. Aquellos sonidos cristalinos del entrecocar de los aros de hierro ennegrecido por el fuego, el aroma del humo escapado por ellos antes de ser cerrados. Aquellos azulejos blancos y relucientes, la amarillenta luz de la bombilla incandescente, que apenas rellenaba los huecos que no conseguían ocupar los escasos rayos solares, huidos de las casi permanentes nubes y llegados, trastabillando, hasta la cuadrada estancia.

Me imaginé en la mesa camilla situada junto a la ventana, con mi café humeante y mis galletas, mis tostadas. Me imaginé mirando a mi madre y como me hablaba. Y la eché de menos. Pero solo durante un instante.

Intenté imaginármela dándose la vuelta y ofreciéndome una de sus interminables sonrisas. Pero casi no pude. Al final, con mucho esfuerzo, se giró. Miré su cara.

Pero no tenía. No fui capaz de verla. No conseguí recordarla.

¿Tanto tiempo había pasado desde que salí? Había perdido toda noción del tiempo, pero ¿tanto como para no recordar la cara de mi madre?

Aunque dolió, no le di mayor importancia. Pasé a otra cosa diluyendo el escozor con un par de lágrimas que resbalaron hasta la colcha.

Recordé como hacía unos días había estado con mis amigos y amigas jugando en la cuesta del río.

Recién había acabado la última de las enormes nevadas que solían caer en este tiempo y salimos a deslizarnos con sacos de plástico por la cuesta. Las risas, los gritos... pero nada de sus caras.

No me enteré de que Carmen había entrado, hasta que no sentí sus manos alrededor de mi cuello y sus labios, apoyados en mi pelo, me susurraban, casi me suplicaban que me tranquilizase.

Sin duda, todo había sido un sueño. Un mal sueño. Un sueño que se repetiría para siempre. Un sueño, donde no existirían jamás caras pero, un sueño que significaría, significa, el único sitio en el que pueda recordar los sonidos, los lugares y los olores de entonces.

Y así, en los brazos de una desconocida, entre sollozos de niña

perdida acompañados de suspiros de Carmen, la mujer más sensible y sincera que nunca he conocido que, aun sin entender mis pesares se mezclaba con ellos y se lanzaba sin pensar al abismo del dolor, comencé a vivir de nuevo, después de una corta eternidad.

No salí en tres días de esa habitación, quizá de su hija, a la que nunca conocí. Desayunaba y comía dentro de ella, me lavaba en una palangana de agua fresca que Carmen me traía todas las mañanas. Tal era el terror que me producía salir de allí, que incluso mis necesidades las hacía en un viejo orinal que la mujer conservaba de cuando vivía la madre de su marido con ellos.

Tres larguísimos días en los que la pobre mujer, se desvivió para proporcionarme todo lo necesario para sacarme de mi profunda atonía.

Dormía por la mañana a ratos, ya que la noche la pasaba frente a la ventana, viendo unas veces la furiosa lluvia, otras las ambulancias y vehículos.

Pero la mayor parte del tiempo, me sumergía en la más profunda de las oscuridades, en lo más obtuso de los sentimientos neutros. Los ojos se secaban debido a la falta de pestañeo. Después, el escozor era irresistible.

La espalda lanzaba avisos con punzadas agudas, advirtiéndome el peligro de seguir tantas horas de pie, sin mover ni un solo músculo. Al final, el cuerpo no podía resistir y se derrumbaba en la cama, donde continuaba mi estado catatónico por horas. Quieta, impasible, silenciosa.

Tres días en los que la piel, pálida de por sí, se volvió más blanca, casi amarillenta, y en los que los ojos se rodearon de una insana sombra grisácea permanentemente húmeda.

El cristal de la ventana, en las largas noches insomnes, estaba

marcado de huellas de dedos resbalando persiguiendo las gotas. A ratos, cuando no había gotas que seguir, admitía las que mis lágrimas le proporcionaban, también a través de mis dedos. Tal era el grado de costumbre y confianza que en esos días, llegué a adquirir con ellas. Nunca dejé de tener esa dolorosa confianza.

Tres días, al final de los cuales, una noche, de madrugada, Carmen se sentó al lado de mi cuerpo tumbado en la cama boca arriba y con los ojos abiertos, comenzó a hablarme.

—Sonia, no puedes seguir así, cariño, has de salir de aquí. Llevas tres días y cada uno más que pasa —suspiró— te consumes un poco más.

Solo el silencio acompañaba su pesar. Solo sus suspiros de impotencia acompañaban la esperanza de que mis ojos se volvieran hacia ella y por fin le mirasen.

—Escucha, no sé qué te habrá pasado, nada bueno seguro, pero necesitas ayuda, es evidente. Y creo que yo no puedo hacer más. Existe gente competente, especialistas... —el enésimo suspiro acompañó estas palabras— lo siento cariño. Yo no puedo. Necesitas más.

Me dio un beso en la frente y, acariciándome la mejilla, se levantó de la cama.

—Saldré —me atreví a decir.

Ella paró en seco. No hubo necesidad de repetir la palabra. Con una radiante sonrisa, se acercó rápidamente y, con suavidad, me agarró de las manos ayudándome a levantar.

Sin soltarme las manos, salimos de la habitación.